

fué confuso en cómo habia de cumplir su promesa, y hacer lo que él ni sabia ni entendia. Ocurrióle al punto este engaño: fuese á otro labrador, contóle lo que le pasaba, y prometióle que partiria con él, con tal que aquella noche se fuese á aquel monte á hacer oficio de demonio, dándole escondido entre los árboles sus respuestas, para dejar así engañado á aquel Príncipe, que tanto porfiaba por ser hechicero. Pactados así, le fueron sacando no poca porcion de reales, hasta que llegado el plazo, acuden al puesto ya entrada la noche: forma aquel engañador sus figuras, hace sus ademanes, y pone al miserable Príncipe, que iba solo y sin armas, en un lugar determinado, con precepto de que de allí no se moviera. Empiezan las preguntas y respuestas, y á todo aquel muy admirado. Véndale luego los ojos, hace que se tienda en el suelo, y á todo obedece pronto. ¡Ah, lo que puede un vicio! Ya cuando así lo tuvo, no hallando otro modo de enseñarle la Magia que deseaba, saca una hacha que allí tenia escondida, y descargándosela á toda fuerza en la cabeza, quitándole en un punto la vida, lo envió probablemente á contratar eternamente con los demonios. ¡Oh, qué muerte tan lastimosa! Así como eslabones se llaman los vicios, nadie se asegura, si tiene alguno, que no caerá en todos. ¡Oh, mi Dios! ¿qué corazón habrá que deje tu hermosura inmensa por la mas abominable fiereza? ¡Oh! no permita tu bondad que así se ciegue nuestro entendimiento, sino que alumbrados á los rayos de tu amable luz, solo busquemos el poder mas soberano y mas glorioso que nos dé tu gracia.

PLATICA X.

CÓMO DEBEMOS DESPRECIAR LA ADIVINACION, AGÜEROS Y SUEÑOS.

—
A 18 de Enero de 1691.
—

IBA á decir que nació la curiosidad con los hombres; pero hallo que áun antes de nacer los hombres ya de la primera muger habia nacido la curiosidad, y de su curiosidad se habia originado toda nuestra universal desdicha. Y siendo así, experimentando los daños de aquella culpa, aun no queremos escarmentar de curiosos. Lo mas escondido y oculto nos pica con el deseo de averiguarlo; á lo mas distante vuela nuestro deseo por saberlo; y lo que aun está por venir, ya quisiera nuestra curiosidad adivinarlo. Y si por saber lo vano, dejamos de atender lo provechoso; si por adivinar lo que no nos toca, perdemos lo que mas nos importa, ¿qué ganará nuestra curiosidad con lo que adivina, si tanto le queda que llorar á nuestra desdicha con lo que pierde?

Mucha materia de risa le dió á una criada suya

Tales Melesio. Iba este todo embebido en observar el curso de los cielos, todo atento en prevenir lo que anunciaba el aspecto de los astros, cuando sin advertir que tenia delante de sus piés un pozo, al dár el paso observando el cielo, se halló precipitado en el profundo.—¿Pues no ves, le dice riendo la criada, no ves dónde pones los piés, y te embelesas todo en ver por dónde caminan los astros? ¿No atiendes á tus pasos, y le cuentas al cielo sus caminos? ¿No ves el hoyo que tienes delante, y te metes á adivinar lo que anuncian para lo venidero los cielos? Esto mismo, pero con infinita mayor desgracia, le sucede á los que por arte del diablo quieren adivinar lo oculto, lo distante, lo venidero, que por ver con los ojos de la vanidad, dejan de atender con los ojos de la razon; que por ver lo que no les toca, dejan de cuidar lo que mas les importa; y en fin, que por adivinar curiosos, se precipitan ciegos en el profundo pozo del infierno.

Este es, pues, el ramo venenoso de supersticion que hoy se nos sigue á explicar; y se llama *adivination*, por la cual la malicia humana, volviendo las espaldas á Dios, fuente perenne de toda sabiduría, con una enormísima culpa le dá culto y reconocimiento al demonio, por adquirir de sus engaños, vanas, impertinentes y siempre dañosas noticias. Adivinacion, pues, es un contrato, es un pacto con el demonio (D. Th. 2. 2. q. 95.) para saber de él, por medios supersticiosos, aquellas cosas que no podemos saber por medios naturales, ó porque están distantes, ó porque son ocultas, ó porque todavía están por venir. Como si uno quisiera saber ahora lo que hoy ha sucedido en Roma; ya se ve que no hay medio natural para saberlo; pues eso le es muy fácil al diablo decirlo aquí aho-

ra por la ligereza conque desde allá á acá vuela en un instante: así tambien por su sutileza ve lo que está oculto dentro de las entrañas de un monte. Pero ni puede saber con certidumbre nuestros pensamientos, ni lo que ha de determinar nuestro libre albedrío. Este pacto si se hace invocando al demonio y hablando con él, poniendo él aquellas señales ó ceremonias, á las cuales promete acudir dándole la noticia de lo que se pretende, se llama pacto explícito. Pero si alguno, aunque no sea su intento, ni quiera invocar al demonio, y con todo eso hace aquellas ceremonias, ó pone aquellas señales, á las cuales sabe que ha de acudir el demonio, ese se llama pacto implícito. Y uno y otro son siempre pecado mortal gravísimo. Y quien supiere de alguno que los ha hecho, sepa que está obligado á delatarlo al Santo Tribunal de la Inquisicion; y ahora sean esas señales y ceremonias para adivinar en el aire, en el agua, en la tierra, en el fuego, en el espejo: con falsas apariciones de muertos, ó de otra manera, es una misma la malicia y la enormidad de la culpa, y por eso no me detengo á distinguirlas.

No hablamos, pues, de las cosas que por medios naturales se pronostican: como por su ciencia los médicos suelen pronosticar sus sucesos en las enfermedades. Los astrólogos, que previenen los eclipses, los vientos, las lluvias, etc. como no toquen en lo que pende de nuestro libre albedrío, que solo Dios puede conocer, y que ninguna otra ciencia puede adivinar. Otras adivinanzas, que consisten en la industria: como esas que llaman suertes con las cartas de los naipes. Otras que consisten en la maña: como las de los jugadores de manos. Y otras, en fin, que descubre la sagacidad de un buen entendimiento: como cuando Salomón descu-

brió cuál era de aquellas dos la madre verdadera de un niño: cuando Daniel descubrió con una pregunta la malicia de aquellos viejos, y la inocencia de Susana.

Peleaban dos mugeres por una bola de hilado, diciendo cada una que ella lo había hilado y que era suyo. Vánse al Juez; no había testigos, ¿cómo se descubriría la verdad? Ea, dice el Juez, dime ¿en qué debanador está esto debanado?—En un lienzo blanco, dijo la una.—Pues no está, sino en un paño negro, dice la otra.—Desenvuelven, y se ve aquí descubierta la verdad. Aun mas graciosamente adivinó otro. Habían hurtado en una casa una alhaja preciosa; y enojada gritaba la Señora que era de casa el ladrón, que era de casa.—¿Así? pues júntelos aquí todos, dijo, que yo descubriré al ladrón. Juntos ya, vá cortando iguales, tantos palitos como había personas: vale dando á cada uno el suyo: ea, váyanse allí, les dice; y miren que todos estos palitos son iguales, y me los han de volver. Al retirarse, dijo con disimulo, de modo que lo oyeran: al ladrón le ha de crecer dos dedos el palito. El ladrón, que tal oye, dijo: ¿Dos dedos? pues por lo que ha de crecer quítote yo dos dedos para que quede igual. Así lo hizo.—Ea, vengan los palitos; y vá dando cada uno, ván midiendo, y descúbrese el ladrón por los dos dedos que quitó. Lindo modo de adivinar. Aquí nada tuvo que hacer el diablo. Pero sí tiene que hacer, y mucho, en los inicuos y perversos medios que algunos ponen para descubrir lo hurtado, ó lo perdido. Pongo por ejemplo, y dejo otros. Eso que usan del cedazo, ya me entenderán los que le hubieren hecho, y eso basta: Eso que usan del cedazo para descubrir en casa quién fué el ladrón, es pacto implíci-

to con el diablo, y á quien lo hiciere deben delatarlo al Santo Tribunal. Lo mismo digo de los que con intento de descubrir, ó saber alguna cosa oculta, ó hubieren tomado la yerva del peyote, ó aunque no la tomen por sí, consultan y preguntan á alguno que la usa, es pecado mortal gravísimo, es pacto con el diablo, y es caso de inquisicion. ¡Oh, Dios, y qué peligros! Y despues de tan grave pecado, ¿qué quieren sacar del padre de las mentiras, sino engaño? (Delrío. *de Magia*. l. 4. c. 2. q. 6.)

Descuidóse un rústico, refiere nuestro Delrío, con una bolsa de cuero, en que tenía unos reales; y un animal de cerda, que tenía en su casa, se la comió. Echala menos, acude á su muger; no la ha visto: ¿Pues quién pudo cogerla? aquí estaba. Váse como ignorante á una maldita vieja que decían que hablaba con el diablo, á preguntarle por su bolsa. La vieja con grandes amenazas le mandó que no pasase de una raya que le señaló; y vá luego y enciérrese en su aposento. El rústico fuése bonitamente acercando á la puerta, escucha por la rendija, y oye que le decían á la vieja: Mira, la bolsa se la comió el marrano; pero dile tú que su muger es la que se la escondió para gastarla con fulano, que es su amigo, para que con eso ellos allá riñan entre sí—¿Eso hay? Díóse por desentendido y volvióse á su puesto. Viene con su mentira la vieja, y él en pago la llevó á los Jueces que la castigaron; y matando aquel al animal, recobró su dinero. Valióle su ignorancia; pero ándense exponiendo á que logre el diablo las mentiras y los engaños de su malicia.

Por eso quizá á otros les parece que son muy piadosos, y se ván á los Santos; ¿pero cómo? Con una supersticion impía.—Padre, le puse á San An-

ton dos velas, ó un cuartillo de aceite á San Lázaro, para que le dé mal de San Lázaro, ó de San Anton, al que me hurtó tal cosa. ¡Válgame Dios! De modo que quieren que los Santos sean instrumentos de su encono, de su rábia y de su venganza. ¿Eso se pide á los Santos? ¿Qué mas pedirán al demonio? El llamarse este mal de San Lázaro, ó el otro mal de San Anton, no es porque estos Santos causen esos males, no, que esa es inteligencia de algunos perversos ánimos, y quizá faltos en la fé, como lo mostró en sus mentiras Paracelso. Antes se llaman así por lo contrario: Mal de San Anton, porque este Santo es abogado para quitarlo. ¡Pues miren ahora cuán impíos serán los que á estos Santos quieren hacer instrumentos de sus malditas venganzas! ¿Y qué diremos de lo que ya tan comunmente se hace? Perdióse alguna cosa; pues que le quiten el niño á San Antonio, que lo pongan en la ventana, que lo encierren en la caja, que lo metan en el pozo. ¿Qué es esto? Qué ha de ser; es supersticion. ¿Parece devocion? pues es impiedad. ¿Quién ha dado licencia para perder así el respeto á las imágenes? Ese modo de pedir á los Santos, ¿cuándo nos lo enseñó la iglesia? Eso no es pedir, sino querer obligar y forzar al Santo á que haga lo que queremos. Ea, ¿no hay misas que ofrecerle? ¿No hay oraciones? ¿No hay velas? ¿No hay otras promesas santas? ¿Para qué es introducir esos abusos?

Mas volvamos á los que tienen por su adivinador al demonio; estos son tambien los que por las rayas de las manos quieren que les adivinen su fortuna. Las doncellas que en el dia de San Juan, que parece que lo han hecho dia de supersticiones, salen á adivinar su ventura. Yo bien me persuado

que no creen esto, sino que solo lo hacen por chanza; y siendo así, será solo pecado venial; pero si seriamente unos y otros creen por esos supersticiosos disparates su fortuna, pecan mortalmente. Y en México, donde hay tanta doctrina, no sé si en esta materia podrá servir de excusa la ignorancia.

¿Y qué diremos de estos que vulgarmente llaman *Zahories*? Nos cuentan que ven debajo de la tierra los tesoros, las venas de agua y de metales, los cadáveres sepultados; que ven las apostemas dentro de los hombres, etc. Todo eso, si dicen que lo ven con los ojos del cuerpo, no puede ser sino con ayuda del diablo, porque nuestra vista material no puede naturalmente penetrar un cuerpo denso y opaco. Añádese, que para mas fundamento de que es el diablo quien les ayuda, no tienen esta virtud sino en dias señalados, como Mártes y Viérnes. Todo eso es engaño y pacto con el demonio, y pecará mortalmente quien á tales *Zahories* consulte. Mas si ellos solo sacan por discurso lo que está debajo de tierra, como por las yerbas que allí nacen, ó por los vapores que se levantan, eso es cosa natural, y eso lo hará cualquiera sin ser *Zahori*.

Hay ademas de estos, otros modos de creer al diablo: los que creen en agüeros, los que creen en sueños. Suele esto ser solo temor, no crédito: temen que les suceda, pero no porque lo creen. Y siendo así, es solo pecado venial, aunque por ese temor dejen de hacer tal vez alguna cosa, como no sea de las que nos obligan de precepto; v. g. el que dejara de salir á un viage en Mártes, porque es dia aciago, vaya; pero el que creyendo en agüeros ó sueños, gobernara por ellos todas sus acciones, este pecaría mortalmente. Y á la verdad, oyentes míos, ¿qué tiene que hacer fiar en Lúnes, para de-

cir que por eso no se ha de vender en toda la semana? ¿Que, porque se encontró al salir con un ciego, tullido, ó cojo, le haya de suceder desgracia? ¿Que por que rascó el perro, ya se abre la sepultura? ¿Que por que cantó el tecolote, ya cantan las exequias? ¿Que por que zumbó el oído derecho, me alaban? ¿Que, por que zumbó el izquierdo, me murmuran? Si por murmuraciones hubiera de ser, ¡ho, lo que zumbáramos todos! Anden; ¿pues qué diré de los sueños de las mugeres? Que porque soñó una que se le caía un diente, se había de morir. ¿Y á cuántos se les han caído todos los dientes, y están vivos? Que porque soñó en toros, le hacen agravio. ¿Y cuántos agravios hay sin soñar toros? Que porque soñó en perlas, ha de llorar. ¿Y tan mal les estuviera llorar perlas? Mas pienso yo que indica ese sueño mucho deseo que tienen de tenerlas.

Soñó uno por tres veces repetidas que había una muger, y que ésta le decia que en cierto lugar que le señaló, si cababa un poco hallaría una olla llena de oro. Persuadióle su codicia, vá y caba, y halló la olla; ¿pero cómo? Llena de carbon. Andaos á creer en sueños, para que así el demonio os burle.

Oigamos ya por último al Espíritu Santo, al 34 del Eclasiástico, que ciñe toda esta doctrina. *Divinatio erroris, et auguria mendacia, et somnia malefacientium, vanitas est.* Todas esas adivinaciones supersticiosas, esos agüeros ridículos, esos sueños impertinentes, todo eso es vanidad, todo es error, todo es mentira. Solo añado, que el pacto explícito siempre, siempre es pecado mortal gravísimo, aunque sea en la materia mas leve, y se le puede y suele juntar heregía. Pero en el pacto implícito tal vez podrá excusar de pecado mortal la

ignorancia, ó el hacer sus ceremonias por burla y chanza; pero siempre es materia peligrosísima. Mas vale ignorar sirviendo á Dios, que saber los mayores secretos con el diablo. Si me valgo del diablo, le sirvo como un vil esclavo; y si tengo á Dios, Dios hará que el diablo me sirva á despecho de su soberbia.

A todos visos es doctrinal el ejemplo que refiere nuestro Martin Delrío. (*Delrío de Magia. l. 3. p. 1. q. 7. s. 1.*) Caminaba por la Italia un soldado, y embargándole los pasos una grave enfermedad, lo obligó á detenerse por curarse en un meson. Llavaba una bolsa llena de reales, y temeroso de que se la hurtarian, entretanto que sanaba diósele á guardar á la huésped. Fué corriendo los términos su achaque, y la mesonera ya con enfermedad de bolsa, fué empeorando del achaque de la codicia, y tanto, que hallándose ya mejor el soldado para proseguir su viage, le pidió su bolsa; y ella consultándolo con su marido, determinaron se la negara. Volvióle á pedir el soldado, y ella muy descarada dijo: ¿qué bolsa, ni qué dinero? que á mí no me há dado usted nada. Lleno de cólera porfiaba, cuando llegó el marido á defenderla; y despues de muchas voces, echándolo á empujones, le cerró las puertas. Él, sacando la espada, porfiaba á querer entrar: dán gritos que queria violentar la casa: júntase gente, viene la Justicia, y hallándolo de aquella suerte, y diciendo el mesonero que queria robarlo, por mas que él alegó su verdad, llévanlo á la cárcel, fórmanle el proceso, y estaban ya para sentenciarlo á muerte. ¿Qué haria aquel miserable viendo que á él no le creían? ¿Cómo descubriría la verdad? Constaba de haberle hallado con las armas en la mano, batallando por vencer y abrir

una puerta; pero él no tenía testigos con qué probar la causa. En esto pensaba aflijido en el calabozo, cuando apareciéndosele el demonio, le dijo la sentencia de muerte que ya tenían determinada contra él los Jueces. Quedó atónito á nueva tan terrible.—Ea, no te aflijas, que aquí me tienes, le añadió el maldito; con solo que tú me des el alma, yo prometo de descubrir la verdad, y de sacarte libre.—Pues yo, respondió el cristiano soldado, más quiero morir mil veces, que ponerme en tus manos: anda para quien eres, que la verdad Dios la descubrirá; y si no, moriré inocente.—Pues mira, replicó el demonio, ya que he venido, no sea en vano, ya no quiero nada de tí; pero mañana, cuando te saquen al Tribunal, dí, que tú como soldado no entiendes de esas defensas; que te permitan por abogado al que tú nombrases, que yo estaré allí con un sombrero blanco y en él una pluma; señalame á mí, que yo te defenderé. Parecióle al soldado que esto le era lícito, y así condescendió en ello. Sácanlo al día siguiente al Tribunal, pide que le dejen señalar abogado, concédendo los Jueces, y señala al demonio, que estaba allí muy puntual con las señas dichas. Instábale el acusador mesonero con gran fuerza, pero el demonio abogó como un demonio, con tal acopio de razones, autoridades y argumentos, que á todos los tenía pasmados y atónitos. Y por último, dijo que él mostraría la bolsa del dinero, y señaló desde allí el lugar donde la tenían escondida. El mesonero, viéndose apretado, empezó á echarse maldiciones diciendo: *El diablo me lleve si yo sé de tal bolsa.* ¡Ah hombre mira, que quizá está cerca el diablo! Andaba la porfía, y el mesonero no hacia sino repetir sus maldiciones: *El diablo me lleve si yo sé de tal bolsa.* Tantas veces lo dijo, que dejando el de-

monio su abogacía, abrázase con él, y levantándolo, lo sacó por una ventana, y llevóselo por los aires, sin que jamas lo viesen. Pasmados quedaron los circunstantes, descubierta la verdad, y el inocente libre; y libre no solo de la calumnia, sino de la peor esclavitud del demonio, á quien hizo Dios que le sirviera como su esclavo. Católicos, dejemos en las manos de Dios nuestros caminos, que lo impertinente y vano de nada nos sirve saberlo, y nos dañará mucho el averiguarlo. Lo que nos ha de ser provechoso, Dios es solo la verdadera luz que nos alumbrá por los caminos seguros de la gracia, por medio de la cual allá iremos á descubrir los secretos mas soberanos en la gloria.